

EL ROL DEL LÍDER EN UNA COMUNIDAD

Para gobernar una comunidad se requiere comprensión de la tarea, buen juicio y perseverancia.

Los párrafos siguientes pertenecen a uno de los mejores trabajos sobre atención pastoral de la historia: un libro de San Buenaventura ("Las seis alas del Serafín") dirigido a los jefes de comunidades masculinas de la Orden Franciscana.

Los jefes de las comunidades franciscanas (llamados ministros) proporcionaban un tipo de atención pastoral que es diferente del actual en varios aspectos. Cuando pensamos en líderes pastorales, nos vienen a la mente muchos modelos y formas: pastor de una iglesia, oficial denominacional, capellán, dirigente de una organización cristiana, coordinador del grupo de oración o comunidad, líder de una fraternidad informal. Dentro de cada modelo, existen diferencias de énfasis en las formas en que los líderes cuidan de los fieles.

Pero los ministros franciscanos desempeñan un rol distinto: gobernaban, dirigían y cuidaban de aquellos a su cargo casi

como hasta hace poco concebían su rol los padres de familia. Eran responsables de cuidar a los hombres de sus conventos (las casas franciscanas), y tenían autoridad sobre su vida personal para enseñarles, dirigirlos, y cuando era necesario corregirlos.

Si bien esta clase de liderazgo hoy nos resulta bastante poco familiar, es el tipo que normalmente aparece cuando los cristianos se entregan totalmente unos a otros y ponen sus vidas en común (como ocurre en una familia). El pastoreo así entendido coincide con el primitivo sentido que tiene en la Escritura, de acuerdo con el cual la provisión, la enseñanza y la protección del rebaño son aspectos de esta función de gobierno (Ez 34,23-24; Hch 20,28-31; 1Tim 5,17; Heb 13,17; 1 Pe 5,1-3).

Parte de lo que Buenaventura dice solamente tiene aplicación en la situación específica a la que se dirigía: grupos de

hombres célibes viviendo bajo un mismo techo y comprometidos con el estilo de vida establecido en la Regla franciscana. Sin embargo, la mayoría de sus consejos pueden ser aplicados por todos aquellos que tienen la responsabilidad de guiar vidas cristianas, ya sean padres de familia, "ancianos" de comunidades, superiores religiosos o pastores de iglesias. Quienes no tienen tal responsabilidad también pueden, en menor medida, sacar provecho de las ideas de Buenaventura.

Una indicación sobre la terminología: Buenaventura utiliza dos palabras latinas al referirse al líder pastoral, palabras que significan "el gobernador" y "el que está sobre" o "el que está a cargo" de la comunidad. En este artículo tales términos son traducidos como "el jefe" o "el pastor".

1. LOS DEBERES DEL JEFE

El jefe debe asumir una responsabilidad personal por los intereses espirituales de su comunidad. Como aquel que es su pastor y el guardián de sus almas, debe volcar sus energías principalmente en lo que atañe a su crecimiento espiritual y a su salvación eterna.

Estos son los intereses por los que el pastor debe rendir cuenta especialmente ante el trono del juicio de Dios:

- preserva la disciplina interna de la comunidad, de manera que se mantenga el estilo de vida a que todos están consagrados.
- cuida que los hermanos convivan en paz y amor.
- conoce el carácter y la condición espiritual de todos en la comunidad, y ayuda a resolver cuantas dificultades puedan atribularlos.
- previene y actúa contra los peligros a que sus hermanos puedan ser conducidos por sus pecados.
- aconseja a los hermanos para perfeccionar su conducta; aclara sus dudas y corrige lo que deba ser corregido.
- da a cada hermano el adiestramiento apropiado para el trabajo que realiza, de manera que cada uno pueda hacer todo lo que debe para toda la comunidad, y hacerlo de la manera correcta, sin enredarse en ninguna iniquidad.

Si consideramos a la fraternidad como un cuerpo, el pastor es como la cabeza del cuerpo. Mientras los otros miembros de la comunidad realizan las actividades apropiadas para cada uno, aquel que está a cargo de todos provee adecuadamente a todos. La cabeza del cuerpo guía a todos los miembros, ya que todos los sentidos (vista, oído, tacto, etc.) le suministran la información necesaria. Las

directivas que da el pastor, reforzando y atenuando las reglas de la comunidad, son como las funciones coordinadoras del sistema nervioso en el cuerpo.

Por esta razón al jefe no se le adjudica ninguna actividad específica: para que así pueda cuidar de las necesidades de todos los miembros. Es mejor para cada parte del cuerpo que la cabeza escuche, huelga, guste y hable por todos ellos. Quien está a cargo de la comunidad sirve a los miembros de forma semejante.

2. LA CORRECCIÓN

La capacidad del jefe de juzgar lo bueno y lo malo aumentará a medida que profundice su conocimiento de las maldades graves y preste menos atención a las ofensas menores. El hombre sabio sopesa todas las cosas como buenas o malas, pero el tonto con frecuencia considera los asuntos importantes como si fueran triviales, y los triviales como serios. Para él una manchita es como un tronco; descuida lo importante, colando al mosquito y tragándose el camello. Tales hombres no son conducidos por el Espíritu de Dios sino por sus propios impulsos. Por ejemplo, algunos jefes de comunidades son muy fervientes corrigiendo la simple falta de inclinar la cabeza en el momento apropiado durante las oraciones comunitarias, pero ignoran a la persona que regularmente murmura sobre las faltas de otro miembro de la comunidad.

Las formas más serias del pecado, aquellas que con más cuidado deberíamos evitar, son las que transgreden algún mandamiento de Dios o de la Iglesia; las que violan algún voto que una persona haya hecho voluntariamente, tal como observar la Regla de una orden religiosa; y las que probablemente escandalizarán a los demás mediante cierta apariencia de mal.

Aún un acto pecaminoso grave cometido en secreto es curado más fácilmente que un escándalo, porque puede ser sanado en secreto. El efecto de un escándalo muy difícilmente podrá ser borrado del corazón de todos aquellos que han oído de él.

El segundo tipo más serio de pecado es todo aquello que interfiere la devoción ferviente. La verdadera fidelidad a la religión deriva de la devoción, y todo ejercicio de virtud se hace provechoso por ella. La entrega que no está untada con este aceite es árida. Si los miembros no están unidos entre sí por la oración frecuente y ardiente, cualquier organización dedicada a las buenas obras es tan inestable como una pared de piedras construida sin cemento. Las lámparas de las vírgenes necias se quedaron sin aceite; en toda comunidad cristiana donde el fervor crece tibio, el ejercicio de las otras virtudes comienza a decaer, y la comunidad está en peligro de ruina.

Finalmente, se debe estar alerta para no permitir que la comunidad descuide la

disciplina exterior, ya que ésta es signo de una conciencia negligente y de superficialidad interior. Las reglas de conducta se establecen para preservar el buen orden de la comunidad y para estabilizar el progreso espiritual de sus miembros. La observancia de tal disciplina, sin embargo, no está impuesta sobre la base de que sea malo vivir de cualquier otra forma. Más bien, en una comunidad es conveniente para que la conducta de los hermanos se ajuste a un único modelo; si cada miembro vive como desea y hace lo que le place, puede perturbar a muchos otros.

En todos los detalles de disciplina exterior donde exista una norma, no para prevenir el mal sino para sostener la bondad de la vida de la comunidad, el jefe debe cuidar de que la regla se guarde con el debido espíritu, fielmente pero sin preocupaciones escrupulosas por toda posible transgresión.

Diagnóstico y tratamiento

Las flaquezas espirituales caen también dentro de tres categorías. En primer lugar, la falta de compromiso espiritual, o un impulsivo rendirse a la tentación, hace a algunos individuos propensos a conductas escandalosas, malas acciones, vacilación del buen rumbo al malo, y tendencia a reincidir en el mal.

En segundo lugar, hay otros que son devotos y bien intencionados, pero débiles; una leve contradicción o, más aún, una

fuerte objeción le impide hacer el bien que desean. Se tornan desesperanzados, desalentados, o lo bastante enojados como para causar una conmoción seria. Después se arrepienten, pero el resto de la comunidad ha sido perturbado.

En primer lugar, hay muchas personas imperfectas que vacilan en sus esfuerzos por ser virtuosos. Sienten en sí mismos, aun involuntariamente, la fiebre de las pasiones: ira, pereza, auto-exaltación, orgullo, lujuria, y otros vicios carnales y espirituales.

Para estas faltas se deben proveer tres remedios:

- 1) Niegue a tales personas toda oportunidad de dar escándalo u obrar mal. Para guardarlos de oír o ver cualquier cosa que pueda debilitar su voluntad, evite que se alejen solos con frecuencia de la comunidad.
- 2) Déles un buen ejemplo de paciencia, y a la vez sostenga su ánimo con frecuentes exhortaciones. Mientras se recobran sus flaquezas, exímalos de reprensiones ásperas y cualquier otro trato que pudiera ofenderlos o afligirlos más aún. "Padres, no provoquen a sus hijos, no sea que se desanimen" (Col 3,21). Verdaderamente, perturbar nuevamente a una persona ya alterada es como provocar la mordedura de un perro que ladra.

- 3) Finalmente, aprendan a cargar con sus menores imperfecciones y hábitos personales sin alterarse, reconociendo que no podemos hacerlo todo.

Los individuos instruidos son indulgentes con las fallas cometidas por el ignorante e inexperto; así también, las personas de virtud probada carguen cordialmente con los defectos de los demás, sabiendo que no todos pueden ser igualmente perfectos. No agobien a los jóvenes e inmaduros en Cristo con cargas mayores de las que pueden resistir, ni les exijan lo que supera sus fuerzas. Estos pequeños inmaduros tienen una definida buena voluntad; pero no los conduzcan a ajustarse a un patrón de virtud más estricto que aquel para el cual tienen la gracia. Eso extinguiría la gracia que poseen, agitándolos más de lo que su fortaleza espiritual puede aguantar.

El deber de corregir

Si un pastor descuida el deber de corregir las malas acciones de aquellos a su cuidado, rendirá cuenta a Dios de tres cosas:

- 1) Es culpable de negligencia, de no hacer lo que es su deber. "Si como administradores de su Reino no han gobernado con justicia ni observado la Ley, no obrado como Dios lo hubiera deseado, El caerá sobre ustedes pronta y terriblemente. Un juicio sin compasión

está reservado para el eminente y el poderoso" (Sab 6,5-6).

- 2) Comparte la culpa de todas las faltas de sus subordinados, porque pudo y debió haberlos advertido. "Si Yo digo al malvado: 'Hombre perverso, seguramente morirás', y tú no hablas para advertir al malvado que se convierta, ese hombre perverso morirá en su pecado, pero su sangre la requeriré en tu mano" (Ez 33,8).
- 3) Ha abusado del honor y el poder que corresponden a su posición, desnaturalizándola para su propia gloria y beneficio, en vez de emplearla para su verdadero, propósito.

3. LA PACIENCIA

El pastor debe saber cómo responder a todos con modestia, madurez y amabilidad, para que pueda detener los ataques acalorados sin demostrar impaciencia en sus palabras o expresión, sin ni siquiera tener aspecto impaciente. Su paciencia le hará ganar terreno, y finalmente triunfará sobre aquellos que sólo serían más alterados por una acción impetuosa. Por eso Gedeón dio una respuesta modesta cuando el hombre de Efraín le reprochó, y así pacificó el agrio enojo que los agitaba (Jueces 8,1-3). "Una respuesta suave hace

retroceder la cólera, pero una palabra áspera excita el enojo" (Prov 15,1).

Un jefe que se impacienta desbarata el bien que pudo haber logrado. La impaciencia escandaliza a los demás; vuelve a una persona despreciable para aquellos a su cargo y para los demás también. Su impaciencia provoca asimismo la impaciencia de los demás (Prov 15,18). Hace que los miembros de la comunidad teman acercarse al jefe con sus necesidades. Como resultado, la comunidad se llena de murmuraciones y rencores.

Un jefe impaciente asusta a los miembros sencillos y los hace tímidos. Entonces nadie se atreverá a avisarle cuando algo necesite ser corregido (1 Sam 25,17).

Además, el líder de una comunidad debe tratar de ser un reconciliador, la segunda forma en que la paciencia es un escudo. No debe vengar las injurias que se le hacen, ni odiar a quienes las infligen, ni vacilar en trabajar por su curación. Después de todo, es deber principal del pastor enseñar a *vivir virtuosamente*. ¿Qué bien hará alejar de su cuidado a las mismas personas que más necesitan su ayuda? Si el médico huye del enfermo, ¿quién lo curará? Si el soldado esquiva el ataque, ¿cómo gustará la victoria? Si el hombre de negocios desprecia los contratos más convenientes, ¿cómo se hará rico?

Por esta razón muchos obispos, pastores y superiores religiosos llegan a ser santos: la naturaleza de sus deberes les da la oportunidad de hacer mucho bien, de sufrir muchas adversidades, y de conducir a otros a las alturas de la perfección.

El valor de la adversidad

El tercer aspecto del escudo de paciencia es la perseverancia. Cualquiera que sean sus dificultades, los líderes han de estar dispuestos y ansiosos por hacer todo aquello que sus deberes exijan. A veces esta tarea es agotadora, su progreso es lento, los miembros de la comunidad son exigentes, y hay otras cargas. Sin embargo, todos estos obstáculos pueden llevar a un mayor mérito.

"Pero tú, ¡anímate! No dejes que tus manos se debiliten, porque tu tarea será recompensada" (2 Crónicas 15,7). Las "manos" de un jefe son la determinación de hacer su trabajo y la paciencia de soportar las cargas. Si no son debilitados por la pereza o la impaciencia, su recompensa eterna aumentará constantemente.

La adversidad protege al pastor de la hinchazón del orgullo que es más insidiosa para aquellos con autoridad. La alta posición, el grado de libertad personal, y la gratificación de hacer un buen trabajo pueden enorgullecerlo fácilmente. Pero el

yugo de la adversidad inclina el cuello de la presunción, y así defiende al jefe del voraz abismo del orgullo. Es normal que no todos los esfuerzos del líder sean beneficiosos para todos; aún la acción de Dios no consigue la salvación de toda criatura humana. "Muchos son los llamados pero pocos los elegidos" (Mt 22,14). No toda semilla que se siembra llega a dar fruto. Esta verdad debería alentar al pastor haciéndole cobrar ánimo en su pesada tarea, porque él sirve fielmente a Dios tanto al conducir a quienes hacen poco o ningún progreso como a quienes hacen el mayor.

San Buenaventura

San Buenaventura, italiano, vivió de 1221 a 1274. Durante los últimos 20 años de su vida fue jefe de la Orden Franciscana.

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:

[Poniendo en común](#)